

¿Sabe Vd. quien era Elpidio?

La pregunta era tan extraña que no pude contenerme, y pregunté á mi vez:

—¿Quién era?

—Elpidio—contestó,—fué el segundo obispo de Toledo.

—¿Y á que viene eso?

—Eso viene... á que el Obispo Elpidio fué el que tuvo la idea de consagrar la iglesia á la Virgen, que es la causa de que la Virgen viniera á visitar la iglesia.

—¿Y cómo se sabe eso?

—¿Cómo se sabe! Se vé.

—Querrá Vd. decir que se ha visto.

—Quiero decir que se vé todavía: tenga Vd. la bondad de venir conmigo.

Diciendo esto echó á andar, y yo, con curiosidad de saber cuál fuese esta prueba visible de la aparición de la Virgen, le seguí. Nos detuvimos delante de una especie de tabernáculo que estaba junto á uno de los grandes pilares de la nave de enmedio. El *cicerone* me mostró una piedra blanca incrustada en el muro, cubierta de un enrejado, y con esta inscripción entorno:

«Cuando la reina del cielo  
puso los piés en el suelo,  
en esta piedra los puso.»

—De modo—pregunté,—¿que la Santa Virgen ha puesto precisamente el pié sobre esta piedra?

—Precisamente sobre esta piedra,—me respondió.

Y pasando un dedo por entre los hierros, tocó con

él la piedra, se besó el dedo, hizo la señal de la cruz y se dirigió á mí como para decirme:—Ahora le toca á Vd.

—¿A mf?...—contesté:—verdaderamente, amigo, no puedo...

—¿Por qué?

—Porque no me siento digno de tocar esa piedra divina.

El *cicerone* comprendió, y mirándome fijamente con una mirada seria, me hizo esta pregunta:

—¿Vd.... no cree?

Yo miré uno de los pilares. El viejo me hizo entonces seña de que lo siguiese, y echó á andar hácia uno de los ángulos de la iglesia murmurando con acento triste:—"Cada uno es dueño de su alma"—Un clérigo que estaba allí cerca, y que había adivinado la cosa, me lanzó una ojeada que parecia una flecha, y refunfuñando no sé qué, se alejó por el lado opuesto.

Las capillas son tales como conviene á semejante iglesia, y casi todas encierran algun hermoso monumento: en la capilla de Santiago, detrás del altar mayor hay dos magníficos sepulcros de mármol que guardan los restos del condestable D. Alvaro de Luna y su mujer; en la capilla de San Idefonso, la tumba del cardenal Gil Carrillo de Albornoz; en la capilla de los Reyes Nuevos las tumbas de Enrique II, Juan II y Enrique III; en la capilla del Sagrario, magníficas estatuas y bustos de mármol, plata, marfil y oro; una coleccion de cruces y reliquias de inestimable valor, y los restos de Santa Leocadia y Santa Eugenia den-

tro de dos cajas de plata cincelada, de finísimo trabajo.

La capilla Mozárabe, que corresponde á la torre de la iglesia y fué construida para perpetuar la tradicion del primitivo rito cristiano, es acaso la más digna de atención. Una de las paredes está toda cubierta de una pintura al fresco que representa un combate entre moros y toledanos, maravillosamente conservada hasta en sus más delicadas entonaciones. Es una pintura que vale un libro de historia. Se ve en ella la Toledo de aquellos tiempos con sus muros y sus casas, las divisas de ambos ejércitos, las armas y los rostros, todo ejecutado con admirable finura y con no sé qué vaguedad de colorido, la cual corresponde á la idea también vaga y fantástica que nos formamos de aquellos siglos y de aquella gente. Otras dos pinturas al fresco que hay junto á la primera representan las naves que conducen á los árabes á España, y ofrecen también mil particularidades minuciosas de la marina de la Edad Media, con ese sabor, si así puede decirse, de época, que hace pensar y ver cosas no representadas en el cuadro, lo mismo que se oye música lejana cuando se mira un paisaje.

Después de las capillas se vá á ver la sacristía, en la que hay tantas riquezas acumuladas que bastarian para remediar la Hacienda española. Hállase entre otras una vastísima sala, cuya bóveda ofrece una pintura al fresco de Lucas Jordan: esta pintura representa una vision del paraíso, con miles de ángeles, santos, figuras alegóricas que vagan en el aire, ó sobresalen, hasta el punto de parecer esculpidas, fuera de

las cornisas, en mil actitudes atrevidísimas. El *cicerone*, enseñando aquel prodigio de imaginacion y de trabajo, que al decir de todos los artistas, y para servirme de una curiosísima expresion española es de un *mérito atroz*, os sugiere la idea de mirar el rayo de luz que descende de en medio de la bóveda y va á romperse en las paredes. Mirais, dáis una vuelta por la sala, y siempre os parece que aquel rayo de luz cae á plomo sobre vuestra cabeza. De esta sala se pasa á otra también admirablemente pintada al fresco por el sobrino de Berruguete, y de allí á una tercera donde el sacristan pone á la vista del curioso los tesoros de la catedral: enormes candelabros de plata, cálices resplandecientes de rubíes, custodias cuajadas de diamantes, paramentos de damasco recamados de oro, vestidos de la Virgen cubiertos de bordados, flores y estrellas de perlas, que á cada sacudimiento de las telas despiden reflejos de mil colores difíciles de soportar con los ojos abiertos. No basta una hora para ver de pasada toda aquella muestra de tesoros que saciarían la ambicion de diez reinas y enriquecerían los altares de diez basílicas: cuando el sacristan, después de haberlo enseñado todo, busca en vuestros ojos la expresion del asombro, no os encuentra más que la de un estupor atónito, como corresponde á una imaginacion que vaga por otra parte, á lo lejos, en los fabulosos alcázares de las leyendas árabes, donde genios benéficos acumulan todos las riquezas soñadas por la ardiente fantasía de sultanes enamorados. Era la víspera del Córpus, y en la sacristía se preparaba todo para la procesion. Nada más desagradable ni

más contrario á la tranquila y noble majestad de la iglesia que aquel ir y venir de teatro que se observa en tales ocasiones. Parece andar entre los bastidores de un escenario la noche del ensayo general. De una á otra sala de la sacristía entran y salen con gran bullicio chiquillos descamisados, llevando grandes brazadas de sobrepellices, estolas y capas pluviales; aquí un sacristán de mal humor abría y cerraba puertecillas de armarios; allí un sacerdote colorado como la grana, llamaba con voz colérica á otro que no le oía; varios clérigos atravesaban la sala rápidamente con los hábitos mitad puestos y mitad colgando; quien reía, quien regañaba, quien hablaba desde uno á otro apesento en alta voz; por todas partes se sentía roce de sotanas, respirar afanoso, rumor de pasos, estrépito indecible.

Fuí á ver el claústro; mas como estaba abierta la puerta del templo por donde á él se va, pude contemplarlo antes de entrar. De en medio de la iglesia se descubre una parte del jardín, un grupo de árboles grandes y frondosos, un bosquecillo, un cuadro de verdura que parece cerrar la puerta, y se manifiesta como encajado bajo un arco elegante entre dos esbeltas columnas del pórtico. Es una vista deliciosa que hace pensar en los jardines orientales, medio ocultos por las columnas de las mezquitas. El claústro es vasto, y lo circunda un pórtico de formas hermosas y severas: las paredes están cubiertas de grandes frescos. Aquí mi guía me aconsejó que descansara un poco para disponerme á subir al campanario; apoyéme á una tapia, á la sombra de un árbol, y allí estuve has-

ta que me sentí con fuerzas para hacer, como se dice vulgarmente, otra caminata. Entre tanto me celebraba el viejo con lenguaje ampuloso las glorias de Toledo, llevando la desvergüenza del amor patrio al extremo de considerarla una gran ciudad comercial que podía aventajar á Barcelona y Valencia, y una plaza fuerte capaz de cansar, llegado que fuera el caso, diez ejércitos alemanes y mil baterías de cañones Krup. A cada fanfarronada suya recargaba yo la dosis, y el buen hombre se regocijaba con un gusto infinito. ¡Cuánto puede uno divertirse sabiendo hacerlos cantar! En conclusion: así que el altivo toledano se sintió henchido de gloria, tanto que no cabía ya dentro del claústro, me dijo: Podemos subir y se dirigió á la puerta del campanario.

Llegados á la mitad de las escaleras, nos detuvimos para tomar aliento. Llamó el *cicerone* á una puerta, y salió un jiganton sacristanesco que abrió otra puerta y me condujo á un corredor, en el cual ví una escuadra de figuras gigantescas extrañamente vestidas; cuatro de ellas (segun me dijeron) representaban á Europa, Asia, América y Africa, y otras dos la fé y la religion. Estaban hechas de suerte que podía meterse dentro de ellas un hombre y levantarlas del suelo.

—Se sacan—dijo el sacristán,—con ocasion de las fiestas reales, y se las pasea por la ciudad.—Y para hacerme ver de qué modo, se metió bajo las basquiñas del Asia. Llevóme luego á un rincon, donde había un mónstruo enorme que, tocado no sé cómo, sacudía un larguísimo pescuezo y una cabezota hor-

rible, con ruido ensordecedor. Pero no supo decirme qué cosa significaba aquella figura tan fea, y me invitó en cambio á admirar la maravillosa imaginación española que creó *tantas cosas nuevas* para sí y para todos los mundos que vagan en el infinito. Admiré, pagué, y tomé de nuevo escalera arriba con mi *pieuvre* toledana. De lo alto del campanario se goza un espectáculo magnífico: la ciudad, las colinas, el río, el vastísimo horizonte, y abajo la gran mole de la Catedral que parece una montaña de granito. Mas hay poco lejos de allí otra altura desde la cual se ve todo mejor; por manera que me detuve pocos momentos en el campanario, con tanto más motivo cuanto que en aquellas horas brillaba un sol ardentísimo que confundía todos los colores de la ciudad y del campo en un océano de luz.

Vista la Catedral, me llevó mi *cicerone* á ver la iglesia famosa de San Juan de los Reyes, á orillas del Tajo. La mente se me turba todavía cuando pienso en las vueltas y revueltas que tuvimos que dar para ir á ella. Era medio día, y las calles estaban desiertas. A medida que nos alejábamos del centro de la ciudad, la soledad se hacía más triste; no se veía puerta ni ventana abierta; no se sentía el más ligero rumor. Por un momento tuve la sospecha de que el *cicerone* estuviese de acuerdo con algun asesino para conducirme á lugar apartado y dejarme en camisa: su facha no era de lo más seguro, y amén de esto miraba aquí y allá con aquel aire receloso del que medita un delito.—¿Falta mucho todavía?—preguntaba yo de cuando en cuando. Él respondía siempre:

—Está aquí,—y no llegábamos nunca. A un cierto punto mi inquietud se trocó en espanto: en un callejón tortuoso se abrió una puerta, salieron dos hombres de luenga barba, saludaron con un ademán á la *pieuvre*, y se vinieron detrás. Me dí ya por despachado. No había más que un medio de salvación: dar una puñalada al *cicerone* que lo derribase á tierra, pasar sobre su cadáver y emprender la carrera. Mas, ¿por dónde? Además de que me vinieron á la memoria los disparatados elogios que prodiga Thiers á las piernas españolas en su *Historia de la Guerra de la Independencia*, y pensé que el escapar así no habría sido más que un expediente para que el puñal me entrase por la espalda en vez de entrarme por el estómago. ¡Pobre de mí! ¡Morir sin ver Andalucía! ¡Morir después de haber tomado tantos apuntes, después de haber dado tantas propinas! ¡Morir con los bolsillos llenos de cartas de recomendación, con el portamonedas repleto de doblones, con el pasaporte cubierto de firmas! ¡Morir á traición!.. Quiso Dios que á la primera revuelta desaparecieran los de las barbas, y me ví en salvo. Entonces, tocado del arrepentimiento de haber sospechado que aquel pobre hombre fuese capaz de un crimen, pasé á su izquierda, le ofrecí un cigarro, le dije que Toledo valía por dos veces Roma, le hice, en fin, mil finezas. Por último, llegamos á San Juan de los Reyes.

Es una iglesia que parece un palacio real. La parte más alta está cubierta por una azotea cercada de un parapeto perforado y esculpido, sobre el cual se alzan gran número de estatuas de reyes; en medio

surge una bella cúpula exagonal que completa con graciosa armonía el edificio. De los muros penden largas cadenas de hierro que fueron arrancadas á los prisioneros cristianos despues de la conquista de Granada, y que juntas al color sombrío de la piedra dan á la iglesia un aspecto severo y pintoresco. Entramos; atravesamos dos ó tres grandes estancias desnudas y sin pavimento, llenas de montones de tierra y de escombros; subimos una escalera, y fuimos á parar sobre una alta tribuna dentro de la iglesia, que es uno de los más hermosos y nobles monumentos del arte gótico. Es una sola gran nave, dividida en cuatro bóvedas cuyos arcos se cruzan bajo ricos rosetones. Los pilares están cubiertos de guirnaldas y arabescos; las paredes adornadas con profusion de bajo-relieves, con enormes escudos de las armas de Castilla y de Aragon, águilas, quimeras, animales heráldicos, follaje é inscripciones emblemáticas; la tribuna, perforada y esculpida con rica elegancia, da vuelta á todo el rededor, el coro se sostiene en un arco atrevidísimo; el color de la piedra es gris claro, y todo se halla admirablemente acabado é intacto como si la iglesia hubiese sido fabricada pocos años hace, en vez de serlo á fines del siglo xv.

Desde la iglesia pasamos al claústro, que es una verdadera maravilla de arquitectura y escultura. Columnas esbeltas y graciosas que se podrían romper en dos de un martillazo, semejantes á ramas de arbustos, sostienen los capitales sobrecargados de estátuas y de adornos, de los cuales se escapan, como ramas encorvadas, arcos que adornan flores, pájaros, animales

grotescos y toda suerte de caprichos. Los muros, cubiertos de inscripciones en caracteres góticos, mezcladas con follajes y arabescos delicadísimos; donde quiera que se mire se encuentran juntas la gracia y la riqueza con una armonía que enamora; no se podía acumular en igual espacio con arte más exquisito mayor copia de cosas tan lindas y tan bellas; es un exuberante jardín de esculturas, una gran sala revestida de bordados, encajes y brocados de mármol, un gran monumento, majestuoso como un templo, magnífico como un sitio régio, delicado como un juguete, y gracioso como un ramo de flores. Despues del claústro hay todavía que ver un Museo de pintura que no contiene sino cuadros de poco precio; y luego el convento, con sus largos corredores, con sus escaleras angostas y sus celdas vacías, próximo en muchos puntos á caer en tierra, en otros ya arruinado, por todas partes escualido y desnudo como edificio incendiado.

No muy lejos de San Juan de los Reyes hay otro monumento digno de ser visto: un curioso recuerdo de la época judáica, la sinagoga, designada ahora con el nombre de Santa María la Blanca. Se entra en un jardín inculto, se llama á la puerta de una casa de mezquina apariencia, la puerta se abre... Es un sentimiento agradabilísimo de asombro, una vision de Oriente, la revelacion imprevista de otra religion y de otro mundo: cinco estrechas naves, divididas por cuatro largas filas de pequeños pilares octógonos, que sostienen tantos arcos árabes apoyados sobre capiteles de estuco diversos en la forma; el techo de madera de cedro ensamblado y su artesonado lujoso; aquí